

Se le aparece cada quincena



el duende



Hector G. Oesterheld • Raúl Romero
Ausberto Aguilar • Ismael Sotomayor
Marcelo Báez • Antonio Preciado • Vladimiro Rivas
Edmund White • Gastón Ugalde

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVI n° 390 Oruro, domingo 27 de abril de 2008



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA



Erasmo Zarzuela Chambi
Pachamama

Génesis

Yel hombre creó a Dios a su imagen y semejanza.

Y hubo amor, y placer, y virtud en el mundo. Y los días fueron largos, demasiado largos.

Entonces el hombre creó al Demonio, a su imagen y semejanza.

Y hubo así amor y odio en el mundo, placer y dolor, virtud y pecado.

Y los días fueron cortos, muy cortos.

Y fue bueno vivir.

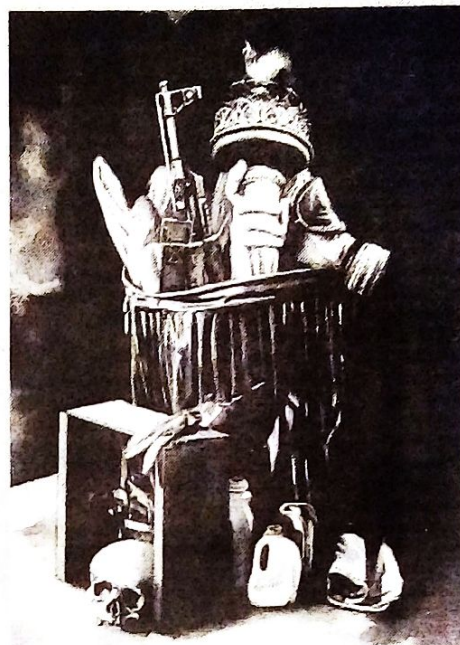
Hector G. Oesterheld. Argentina, 1917. Desaparecido en 1977.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 teléf. 5276816-5288500
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

Raúl Romero Aua (*)

En las delicias de campo esmeralda



Mario Conde

Final

Dicen que los pájaros no lloran, pero escuché un llanto que venía montado en el viento. Parecía un llanto antiguo, arrastrado desde lejos. La vida es turbulenta. Creo que lloran incluso los peces.

La llama dorada IV

Nuestras carnes debieran ser el mejor ejemplo
de la muerte
en que nos debatimos
resoplando el viaje sin regreso.

Otro día

Mañana por la tarde
mientras sea posible algún mañana
cortaré tu negro tulipán con esta espada
beberé sediento el jugoso néctar de tu tallo
y me arrojaré a las calles como un loco
o como niño alado dormiré en tus brazos.

¡¡Díablos!!

No mezclemos las cosas. En estas épocas ya nadie habla del diablo, tampoco del infierno. El cielo está más lejos que nunca y dios es una idea sin contornos definidos. El diablo es una figura hermosa que no existe. El infierno está en la tierra, bajo la apariencia de la desazón y la ausencia. El cielo ya no es un cielo puro, el paraíso está contaminado y dios se ha estumado -ha escapado a través de una pantalla de televisión.

(*) Escritor, videasta y guionista turjeño.

Ausberto Aguilar (*):

El bullicioso silencio de Wittgenstein

Hay hombres que han escrito numerosos libros comparables con la cantidad de años que vivieron, sin embargo son conocidos no más que por la punta de sus narices. Ludwig Wittgenstein escribió un par de breves textos mundialmente conocidos e ingeniosamente contradictorios. En el primero, entre otras cosas, apuntó que es mejor callar lo que no se puede hablar, y en el segundo, prefirió afirmar que estamos inmersos en los juegos del lenguaje. El desafío para Wittgenstein, en el *Tractatus logico-philosophicus*, fue escribir de aquello que no se puede hablar.

Wittgenstein, nació un 26 de abril de 1889 en Viena. Tres de sus cuatro hermanos se suicidaron. Heredó una gran fortuna de su padre, la que prefirió obsequiar a sus hermanos. Se fue de voluntario a la primera guerra mundial. Vivió afín a la comprensión de su poética.

Muchas veces desde que era niño me he preguntado por qué la gallina cacarea cuando pone huevos, al menos la gallina tradicional, ya que anunciar la existencia de unos huevos implica la existencia de unos pollitos o el peligro de acabar en el sartén. Tal vez, más le valiera a la gallina guardar silencio. De ahí viene la paradoja que implica el título del presente texto. Además cabe aclarar que los intertextos recurrentes provienen de Obra abierta, sí, de Eco.

El silencio wittgensteiniano, en los siguientes párrafos, será comprendido desde el budismo Zen. En tal sentido, el Zen es un rechazo deliberado de todo tipo de filosofías, cuando de lo que se trata es de obtener una iluminación y liberación. Cabe resaltar que la metafísica budista contiene una inherente corrección o negación contra los apegos dogmáticos a ella, como una medicina que contuviera en ella misma un antídoto contra su adicción.

Paul Wienpahl, en uno de sus ensayos sobre el sujeto aludido, asevera que Wittgenstein habría llegado a un estado espiritual semejante a lo que los maestros del Zen llaman *satori*, y habría elaborado un método educativo que se parece más al método de *los mundo y los koan*.

En el libro *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein, existen varias afirmaciones que pareciera que predicasen el budismo Zen, como por ejemplo: El mundo es todo lo que ocurre [1].

Las principales proposiciones y problemas que se han planteado acerca de temas filosóficos no son falsos, pero carecen de sentido. Por consiguiente, no podemos contestar a preguntas de este tipo, sino sólo afirmar su falta de sentido. La mayor parte de las proposiciones y de los problemas de los filósofos resultan del hecho de que nosotros no conocemos la lógica de nuestro lenguaje (...) Y, por consiguiente, no debe asombrarnos que los problemas más profundos no sean en realidad problemas [6.44]. La solución del problema de la vida se ve en el desvanecimiento de este problema [6.521]. Existe en verdad lo inexpresable. Ello se muestra; es lo místico [6.522]. Mis proposiciones son explicativas en este sentido: quien me comprende, las reconoce al fin carentes de significado, cuando ha pasado a través de ellas, sobre ellas, más allá de ellas. (Debe, por así decirlo, abandonar la escala después de haber subido por ella.) Debe pasar por encima de estas proposiciones: entonces ve el mundo de la manera justa [6.54].

La filosofía china usa la expresión "red de palabras" para indicar la rigidez de la existencia en las estructuras de la lógica; y que los chinos dicen: "La red sirve para coger el pez: procurad que se atrape al pez y se olvide la red".

Abandonar la red o la escalera, y ver el mundo, aprehenderlo en una toma directa en la que cada palabra sea un obstáculo, éste es el *satori*. Es decir, "De lo que no se puede hablar, se debe callar".

Los maestros del Zen, cuando un discípulo afirma pensamientos demasiado sutiles, le dan una buena bofetada, no para reprimirlo o castigarlo sino para que pueda sentir que una bofetada es entrar en contacto con la vida misma, sobre la cual no se puede razonar, simplemente se la siente y ya. De la misma manera Wittgenstein, después de haber exhortado a sus discípulos a no ocuparse de la filosofía, él mismo abandonó tal actividad y la enseñanza académica, para simplemente dedicarse a trabajar en los hospitales, a enseñar en las escuelas primarias de los pueblos



austriacos. Escogió la vida, la experiencia.

Wienpahl considera que el filósofo austriaco se acercó a un estado de ánimo de un apartamiento tal de teorías y conceptos en el que todos los problemas quedaban *resueltos* por el hecho de estar *disueltos*.

Para Wittgenstein las proposiciones lógicas describen la estructura del mundo (6.124) no obstante son tautológicas y no dicen absolutamente nada acerca del conocimiento efectivo del mundo empírico, pero no están en *contraste* con el mundo y no *niegan* los hechos, pero permite describirlos.

Tanto en Wittgenstein como en el Zen está presente una inteligencia derrotada, que se desecha después de haberla usado. Aunque, la inteligencia está siempre presente, a pesar de la elección aparente del silencio, para reducir a la claridad por lo menos una parte del mundo. No hay que callar en relación con las cosas; sólo sobre aquello de lo que no se puede hablar, es decir, sobre la filosofía. Según Eco, en Wittgenstein, la inteligencia se derrota por sí sola porque se niega en el momento mismo en que se usa para ofrecernos un método de verificación: pero el resultado final no es el silencio completo, por lo menos en las intenciones a diferencia del budismo.

Una vez el maestro Zen Yao-Shan y un discípulo que le preguntaba qué estaba haciendo con las piernas cruzadas. El maestro le responde: "Pensaba en lo que está más allá del pensamiento", y el discípulo replica: "Pero ¿cómo puedes pensar en lo que está más allá del pensamiento?", responde el maestro: "No pensando". ¿Acaso no demuestra esta anécdota su similitud con la afirmación de Wittgenstein con respecto a la búsqueda de la claridad completa? "La claridad que estamos buscando es claridad completa. Pero esto significa simplemente que los problemas filosóficos deben desaparecer completamente".

En otro de sus escritos, Wittgenstein indicaba que la tarea de la filosofía es una lucha contra la fascinación que ejercen las formas de representación, es decir, es como un tratamiento psicoanalítico para liberar a "quien sufra de

ciertos *calambres* mentales producidos por la conciencia incompleta de las estructuras de la propia lengua". Así su filosofía puede considerarse según muchos estudiosos como un "positivismo terapéutico", resulta como una enseñanza que en vez de ofrecer la verdad, le sitúa a uno en el camino correcto para encontrarla personalmente.

El Budismo ha sido descrito como un conjunto de métodos y técnicas más que una colección de doctrinas, y aunque sea costumbre hablar de "doctrinas", éstas son únicamente construcciones conceptuales, y su prueba es su utilización. De acuerdo a ello, son miradas metodológicas que declaraciones de verdades fundamentales. También Wittgenstein rechazó la idea de que él pensara tesis filosóficas o doctrinas. Eran solamente métodos que funcionan como modos de terapia. Porque las perplejidades filosóficas son como diferentes clases de enfermedades, y así los diferentes métodos son usados de acuerdo a las circunstancias.

Finalmente, Wittgenstein no tiene intención de tratar de unirnos a la filosofía. Por el contrario, librándonos de las perplejidades filosóficas busca liberarnos de la filosofía; el descubrimiento que realmente cuenta es el que a uno hace capaz de no filosofar cuando uno quiere. Es agudamente sorpresivo que varios filósofos profesionales consideren tal punto de partida con divertida incredulidad y escepticismo. En el budismo el objetivo también es, entre otras cosas, librarnos de la atadura de doctrinas y enseñanzas, aun de las propias budistas: porque éstas son meramente como balsas, que nos estimulan a cruzar el río. Cuando hemos cruzado no necesitamos más hacer uso de ellas.

En el desenlace de la trama de El nombre de la rosa (de Eco), se escucha la siguiente conversación entre el fraile Guillermo de Baskerville y su discípulo austriaco Adso de Melk:

—Nunca he dudado de la verdad de los signos, Adso, son lo único que tiene el hombre para orientarse en el mundo. Lo que no comprendí fue la relación entre los signos. He llegado hasta Jorge siguiendo un plan apocalíptico que parecía gobernar todos los crímenes y sin embargo era casual. He llegado hasta Jorge buscando un autor de todos los crímenes, y resultó que detrás de cada crimen había un autor diferente, o bien ninguno. He llegado hasta Jorge persiguiendo el plan de una mente perversa y razonadora, y no existía plan alguno, o mejor dicho, al propio Jorge se le fue de las manos su plan inicial y después empezó una cadena de causas, de causas concomitantes, y de causas contradictorias entre sí, que procedieron por su cuenta, creando relaciones que ya no dependían de ningún plan. ¿Dónde está mi ciencia? He sido un testarudo, he perseguido un simulacro de orden, cuando debía saber muy bien que no existe orden en el universo.

—Pero, sin embargo, imaginando órdenes falsos habéis encontrado algo...

—Gracias, Adso, has dicho algo muy bello. El orden que imagina nuestra mente es como una red, o una escalera, que se construye para llegar hasta algo. Pero después hay que arrojar la escalera, porque se descubre que, aunque haya servido, carecía de sentido. Er muoz gelichesame die Leiter abwerfen, sô Er an ir ufgestigen Ist... ¿Se dice así?

—Así suena en mi lengua. ¿Quién lo ha dicho?

—Un místico de tu tierra. Lo escribió en alguna parte, ya no recuerdo dónde. Y tampoco es necesario que alguien encuentre alguna vez su manuscrito. Las únicas verdades que sirven son instrumentos que luego hay que tirar.

(*) Comunicador social y escritor orureño.



Ismael Sotomayor y Mogrobojo (*)



La personalidad

Todos los datos consignados en este ensayo bibliográfico, debo a los acuciosos escritores Nicolás Acosta J., Rosendo Gutiérrez, M...
tas de su epistolario cie...

Quién era Villamil de Rada

Era la encarnación de una doctrina hecha concen-tración y dinamismo en la imponente y respetuo-sa semblanza que aquilataba la fortaleza de un espí-ritu sin par. Modesto en sus ademanes, austero en sus costumbres, afable, bondadoso y cariñoso en su trato, de carácter altivo y algunas veces ríspido y has-ta huraño. Este hombre fabuloso fue tenido por sus conciudadanos como un loco vulgar o un misántropo mediocre. Por esa hermosa y excelsa locura que, co-mo dijo un escritor nos levanta en vilo por encima de la razón, de la cordura y de la prudencia humana. "Bendita y gloriosa demencia, cuando se pone el ideal de perfección en lo infinito, más allá del espacio y del tiempo, libre de las miserias y servidumbre de la carne".

Nacimiento, infancia y juventud

En la encantadora tierra provincial de Pazos Kanki, sobre las tibias faldas del Illampu, y a pocos pasos de la maravillosa Gruta de San Pedro, en el vergel sora-teño, alumbrada como un hermoso sol valenciano, se mecía la cuna de Don Emeterio Villamil de Rada. Ha-bía nacido el 3 de mayo del año 1804; fueron sus pa-dres dueños de los ricos lavaderos de oro en Tipua-ni: Don Ildefonso Villamil y la señora Isidora Rada, distinguida matrona.

Un día... uno solo que la naturaleza depara abriendo sendas y orientando la inclinación mental del hombre, Villamil de Rada, en un día feliz, cuando el cielo convida a imaginar grandezas y vivir unos in-stantes de remozamiento espiritual, abrió alas de su Yo supremo y marchó hacia amplios horizontes. Aus-entóse por primera vez de su patria (1826 - 1834). A su retorno el grado de Doctor en Bella Literatura.

Su infancia pasó junto al hogar materno, aquí aprendió las primeras letras; ya un poco más crecido continuó sus estudios en el Seminario de La Paz. A la edad de 13 años se había leído muchos obras clásicas, y dicese del maestro que: "a esa edad ya poesía el griego y el latín". La vivacidad de su inteligencia, la memoria prodigiosa, su labia tan fecunda, tan dulce y encantadora, hacía que fuese admirado por sus men-tores y por cuantos le conocían.

Pasó algunos años de su juventud en Londres, dedicándose al estudio de la lingüística, la filosofía, la literatura y la filología. Concluidos sus estudios visitó París, convivió mucho con el espíritu francés; meses después, cruzaba la Suiza para llegar a la tierra de los Césares; en Roma, Venecia, Milán, Florencia y en otras ciudades de incomparable belleza, tuvo oca-sión de admirar palacios, templos, avenidas y mu-seos de arte que, como el de Miguel Ángel, son vi-vientes testimonios de un pasado de grandeza en la historia del arte universal. El ánimo de Villamil de Ra-da se sentía pues embargado de emoción profunda ante la pictórica y la escultórica perfección itálicas.

En su afán de cono-cer, llegó a la extraordi-naria Helenia, la culta y bella Grecia. Y en el áni-mo de Villamil de Rada, de sufrir todavía remo-zamiento estético para su espíritu, aún viviente



se hallaba en su memoria la grandeza y magnificen-cia que hallara en los libros escritos en lengua de Uli-ses, años más tarde volvía a París para regresar a su patria, después de haber visitado naciones múltiples y multiformes y habiéndose compenetrado del grado intelectual, artístico, político y moral de Europa.

Villamil de Rada en política

La provincia Larecaja, proclamó al insigne maestro como su representante en el Parlamento, el año de su llegada a Bolivia, 1857. Habiendo entonces mismo ocupado la presidencia de la Cámara de Diputados. Años más tarde volvió a representar, con invariable brillo a su provincia, desde su curul parlamentario.

En la situación política y parlamentaria en que se encontraba, acusó por la prensa, con altura de miras, todos los vicios del pueblo joven. Y así escribía en cierta ocasión desde su periódico: "He presenciado con desdén y angustia, que por electores incivilizados, se lanzan a la legislatura, héroes de aldea que ridiculizan y anulan la representación, demagogos e intrigantes activos, que cuando no perturban se venden, y por fin, campesinos y notabilidades de provincia, que así com-ponen leyes como expresan en sí la sátira viviente y amarga de la democracia pura. Y ¿cuál es el resulta-do de los Congresos así compuestos? Desaciertos, dócil servilismo, inercia y estéril venalidad y motivos más bien de alarma y desdén que provecho y confian-za". ¡Lección noble para los iniciados y bisoños políti-cos de nuestra contemporaneidad!..."

Terminado el período representativo del noble di-putado larecajeño, el gobierno de Bolivia designó al ilustre Villamil de Rada, Comisario Delimitador con el Imperio del Brasil, y concluida su misión en tal inves-tidura en la frontera con dicho país, se recogió a la capital fluminense, donde reinició su activa vida de estudioso bajo los auspicios de un cielo bellísimo, pe-ro que después... se obnubiló con celajes hemorrági-cos de tragedia impune.

El primer lingüista de América

Los bien basados principios de su doctrina hicieronle

merecedor de respeto y admiración por parte de la intelectualidad de Améri-ca y Europa, reconocién-dolo como sabio políglota y filósofo; esto es, como "primer lingüista de Amé-rica" y, podemos decir sin ambages, como el más grande lingüista filósofo del siglo pasado sin envi-diar a Muller, ni a los Her-vas, porque sus estudios sobre el árbol genealógi-co de las lenguas, lo acre-ditan como a tal. ¿Cin-cuenta y seis años de es-tudio, de meditación so-bre la Lengua Madre, no es acaso tiempo para sentar una doctrina ma-dura con el enorme бага-je de los conocimientos que poseía?

De un confín a otro del mundo, cruzó en su insa-ciable hambre de saber. Quiso cerciorarse si efecti-vamente el Aimara, representaba la raíz del árbol ge-nealógico de las lenguas. Cuántos pensamientos, cuánta alegría sabría bañar su alma, cuando hallaba en las diferencias y diversas lenguas, los radicales ai-maras, ya íntegros, ya mutilados, o transformados por la evolución de las mismas o por la culta refina-ción que se les había dado.

En Roma, allá por el año 1841, enseñó el aimara a varios sacerdotes y a algunos cardenales, siendo la principal figura el venerable Mezzofante, quien reco-noció sapiencia, profundidad filosófica y belleza mag-na en dicha lengua idiomática.

Egisto u Hokohtas o Aegiptoas, "tú que te cubres de lino o lodo", incita la curiosidad de este sabio ame-ricano y de inmediato él marcha a conocer ese pano-rama africano, donde también bulle la sangre de los faraones y el recuerdo candente de Moisés. Pasó a la Arabia, la India, la Persia, la China, el Japón en su ansia de infatigable investigación, para luego poner-se en suspenso ante la similitud de lenguas, dedu-ciendo que cuanto más antigua es una lengua del universo, mucho más se acerca a la lengua aimara.

En la tierra de Warama, W... chñu y Chiwa y del dios Indra o Intirá, la tierra celeste de los yogas y we-das, nuestro sabio investigador andino al compene-trarse de las lenguas moduladas en las faldas del Hi-malaya, halló el secundarismo de sus subálces den-tro de la lengua aimara y bien tuvo en llamar restos de las mutiladas raíces del jarama. Desmintió con acopio de hechos y consiguiente comprobación do-cumental, el falso primitivismo que cierta escuela qui-so designarle, sin comprender que esos latidos ver-boferentes son producidos por el ritmo del corazón del Ande, de nuestra propia América.

La fortaleza del espíritu aimara

No todo el tiempo de sus viajes fue un sueño azul, no todo fue correr del tiempo en los caminos de la medi-tación. La realidad de la vida, muchas veces se le ha-bía presentado desnuda, cierta y fría. Cautelosa, la



de Villamil de Rada

Manuel Vicente Ballivián, Carlos Walter Martínez y al mismo ilustre Villamil de Rada, a través de sus admirables libros publicados y de varias piezas inéditas y particular, extractados de mi archivo.

La vida del destino iba tejiendo la existencia de este sabio en su vida maraña, y cuando rugiente se levantaba el vendaval de la vida, rompiendo los lazos de la tela maldita, allá lejos del ruido mundanal, gritos de desolación y sollozos escondidos de angustia, hubieran arrancado del pecho de cualquier mortal, el carácter férreo de este hijo de América, forjado en el hogar aimara, haciéndolo enmudecer y refugiarse en la inmensa fortaleza de su fe y de su convicción, gigantesca y estupendamente deslumbrante como la cima milenaria del Ylla-Hamppti. Barriendo calles... cargando equipajes... ésa fue su vida en la capital australiana. Todas las noches en Sydney, escribía el fruto sazonado de sus lucubraciones diarias; abstraíase horas y horas pensando en la vertical doctrina del primitivismo de América y en la rica lengua aimara-andina, la más natural de las lenguas. Y los grandes ojos pardos-oscuros del eminente políglota Villamil de Rada, extaciábanse en la contemplación de sus voluminosos manuscritos.

Ese arrebatar del espíritu sobre la materia fustigándola, concluyó por nublar uno de sus iris visuales con la aparición de indomable catarata. Ni así el maestro sintió el menor desfallecimiento y cuanto más sufrido, mayormente se acercaba al dolor, como si hubiese sido su lenitivo. Su corazón sangraba, pero sin demostrar su dolor a nadie. ¿Para qué? ¿A quién iba a confesar sus angustias en una ciudad (como todas las ciudades) siempre desiertas por el egoísmo de las gentes? Silencioso y trabajador, pudo hacerse de algunos dineros con los que compró un pase para luego encaminarse en retorno a su dilecta tierra natal, después de veintitantos años de ausencia, que en su afán de culminar sus estudios lingüísticos pasó en vida procelosa. Todo libro que caía en sus manos tenía que ser vorazmente leído. Así lo demuestra su amplia ilustración y su raro talento cultural.

La historia de sus obras

Todo en Villamil de Rada tuvo historia. Mas, poco o casi nada se sabe a fe con respecto a la historia de los libros y de las obras del eminente americanista que me ocupa.

Como sinopsis rápidamente inventariada de la producción bibliográfica, anotemos las obras inéditas, en primer término, quedan un total de dieciocho, sin contar los trabajos de cuerpo-tomo, y veremos que Villamil de Rada, el sabio raro, tenía dispuestos de cuatro a seis grandes volúmenes de su obra cumbre, que intituló el propio autor: Filosofía de la humanidad.

Pero tantas obras, escritas con inquebrantable fe e irreductible paciencia de forjador e invencible tesón, ¿dónde están?... Triste es tener que confesar: "Meritorios libros de largísimo aliento, de enorme y poderoso esfuerzo mental, sirvieron seguramente, para alimento de ratas, sólo por la indolencia de los gobiernos de Bolivia, que dejaron pasar más de cinco lustros sin darles a luz ni averiguar el paradero de los manuscritos originales". Y ahora se hace menester meditar por un momento, acerca de lo que ha tenido que perder la Ciencia y la Historia con tal jaez de extravíos.

Apenas si la única obra del sabio y que es como un simple estudio de introducción a toda su doctrina lingüística La Lengua de Adán, quedó a medio aban-

dono, a no haber mediado la inteligente iniciativa de otro esforzado batallador de nuestra incipiente cultura americanista y estudioso conciudadano, el doctor Nicolás Acosta, que gracias a la Academia de Estudios Aimaras, dióla a luz en primera edición y única completa, allá por el año 1888 -Imprenta "La Razón". Después la segunda edición, vio la luz pública, aunque con bastantes y considerables variantes de la primera, haciendo cuerpo, formando parte integrante de la Biblioteca Boliviana en el tomo VII, 1939, Talleres de la Editorial del Estado. Prólogo y Comentarios (Notas) de Don Gustavo Adolfo Otero.

Dejó Villamil de Rada, muchos escritos desperdigados en periódicos y revistas de su época, y una sola de sus obras: La Primitividad de América fue publicada en Cochabamba, pero con tan mala impresión tipográfica, que muchos conceptos resultan de ilegible comprensión y difícil consulta, en este folleto editado por Miguel Suárez Arna en 1876.

La muerte del sabio

Decepcionado de las corrientes culturales imperantes en su país, pobre de recursos y, ahora sí de optimismo para seguir animando aún quijotesamente su existencia, decidió escribir la consabida carta última al Barón de Cabo Frío, a quien adjuntaba sus manuscritos sobrantes y postreros y algunos libros sobre exploraciones científicas en el campo de la lingüística americana.

Saturado el maestro de un hondo e indecible padecer: cuán sufrido estaría, cuán angustiosa sería su vida en aquellos instantes que, ciego ante la excelsa belleza de aquel día, sordo ante los clamores de la vida y mudo enteramente, porque le estrangulaba toda visión cordial de pretéritas esperanzas, encaminóse el maestro por una amplia avenida, cuajada de palmeras elevadas como las lejanas saudades de su infancia pero que, le pareció vacua y estrecha como la diminuta y egófica comprensión de los hombres vulgares, llegó a la cumbre empinada y majestuosa de un acantilado rocoso, acaso vecino de la Herradura de Janeiro. Allí, frente a la inmensidad arrobadora del mar, en un gesto digno de los varones espartanos, diose todo él don de rechura decidida al fondo del abismo, para luego descansar por siempre arrullado por el vaivén anónimo de las olas bienhechoras, sucumbiendo en el seno azul y misericorde de sus profundidades ignoradas y trágicas.

Era a la sazón el 7 de junio de 1881. Al fin, el descanso calmó la existencia atormentada y nerviosa del sabio insignie, del investigador sublime cuya vida hu-

mana fue cotidiano que nos dejara en su calvario y su cruz, el pan de sus sabrosas doctrinas.

Y esas mismas doctrinas enjundiosas, hijas de una de las modulaciones más rítmicas y sonoras del espíritu del maestro, están llamadas a supervivir a su propio autor porque Villamil de Rada no ha muerto. Él seguirá viviendo mientras las lenguas originarias de nuestra América y muy en especial el Aimara existan; y mientras cada inteligencia juvenil recuerde y mantenga latente las enseñanzas pulcras, certeras y ejemplares del maestro, ora desde las aulas escolares, ora desde el gabinete de la meditación y del estudio, sendas ambas que reconfortan la inteligencia y estimulan la trayectoria de un virtuosísimo premeditado desde la escuela y, en suma sirven como pauta segura de perfeccionamiento moral y cultural para las generaciones nobles y perseverantes en el culto de nuestros grandes hombres y en el amor para con sus



sólidas y bienhechoras enseñanzas.

Buscó el mar para entregarle su fatigado cuerpo, con el vehemente deseo de incorporarse a él en fugaz connubio, comprendiendo así la excelsitud de su grandeza y la glorificante pureza de su espíritu.

(*) La Paz, 1907 - 1961. Periodista investigador. Formó parte de la Academia Boliviana de la Historia.

P

oesía Ecuatoriana

Marcelo Báez Meza, Guayaquil, 1969. Licenciado en Letras y Ciencias de la Educación. Ganador de premios nacionales de literatura. Ha publicado tres poemarios, un libro de cuentos, dos novelas y dos crónicas de cine.

Antonio Preciado, Esmeraldas, 1941. Poeta y catedrático universitario. Ha publicado los siguientes poemarios entre 1961 y 2005: *Jolgorio*, *Más acá de los muertos*, *Tal como somos*, *De sol a sol*, *Poema húmedo*, *Espantapájaros*, *De ahora en adelante*, *De sol a sol*, *De boca en boca* y *De par en par*.

Vladimiro Rivas Iturralde, 1944. Profesor-investigador de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco. Ha publicado en narrativa: *El desierto*, *Historia del cuento desconocido*, *Los bienes* y *Vivir del cuento*. En ensayo: *Desciframientos y complicidades* y *Mundo tatuado*. En novela: *El legado del tigre* y *La caída y la noche*.

Los poemas han sido tomados de Archipiélago 58/2007

El último puerto

En el nombre de mi padre
De mi hijo
Y del mangle santo
Vivo en una urbe donde todos
le dan la espalda a la ría
Remueven la pátina de las estatuas de bronce

Derriban casas viejas como quien manotea nalgas
Habrá que conformarse consultando
Los libros que informan cómo se vivía antes
Cada vez hay menos brazos de ría
Los autos sobrepasan el número de peatones
Ciudadanos del primer puerto del reino de quito
sufren de amnesia atemporal
Han olvidado el himno a su ciudad
o cómo vivían sus ancestros
Se esconden del presente
en los centros comerciales
Para despillarrar el tiempo
o mirarse en el espejo de cualquier anhelo
Los arquitectos abrazan como modelo otros lares
No miran a Roma o Atenas para reconstruirla
No revisan la antigua cartografía
No recogen los pasos del historiador cauto
Pocos son los que recuentan
la lengua de los abuelos
La devoción por el pasado es tan falsa
como la sonrisa de un burgomaestre
Por las noches, Santiago de Guayaquil
es un crucigrama de luces
Un burdel donde los parques están enjaulados
Impidiendo la escapada de los próceres
Un paredón en el que día a día mueren
los oficios de antaño
Un laberinto perdido dentro de sí mismo
donde el único minotauro es el tiempo
El resto...
No sé

II
A Santiago de Guayaquil la fundaron varias veces
A mí tan sólo una
Fui un adelantado de mí mismo
Estuve a punto de nacer en el cerro
al que todos llaman la Culata
Fui dado a luz en un prostibulario
por unas negras curanderas

Estuve en el Támesis y tapé mis narices
con el olor nauseabundo
En Venecia todo es muerte inclusive el agua
Que juega a ser negra de cerca y verde a los lejos
En el Nilo y el Misisipi
también enfrenté superficies turbias y pestilentes
El espeso Guayas que rodea al puerto
Nada tiene que envidiar a la podredumbre
de otros ríos de mayor estirpe
Durante el invierno se llena de alfombras verdosas
La gente las llama lechuguines
Pero hay un olor que no lo tiene cualquier ciudad,
mas no proviene del río
Es el de los grillos muertos en la esquina
de cualquier invierno
Habrá querido ser fundado varias veces
y en diversos lugares
Tan sólo me queda recordar
Que amaba cruzar el río en una lancha
que iba a la ciudad vecina
Cada vez hay menos barcas
debido a los banços de arena
Pronto desaparecerá el río y con él estos poemas.

III
El Corregidor cambió de nombre las calles
Él nunca se equivoca, así que nadie lo corrige
Ay quien se atreve a cuestionar
el fulgor de sus edictos
La memoria sigue sin retener los nuevos letreros
Ordenanza maldita que anula el pasado
No es fácil rebautizar rúas
Peor cambiar la historia detrás de cada nombre
El borrar un apellido es como anotar en letras de oro:
Este hombre hizo poco o nada por el puerto
La solución que se asoma
es de una sencillez prístina
Habremos de darle otro nombre al maestro del burgo
E inscribirlo en la calleja más insignificante
de la urbe.

Marcelo Báez Meza

Tal como el agua

Parto de que me bebo este poema,
de que yo siempre sueño cataratas,
de que no en vano se me va la lengua
sí, aunque se atoren las palabras secas,
cuando empujo mi sed,
empieza el agua.
Empieza el agua buena de los niños
el agua niña del alegre charco,
el agua de los lunes,
los domingos,
el agua primordial de todo el año;
el agua audaz que se decide a ola,
el agua firme que horadó la roca,
el agua torrencial que me ha mojado;
el agua lavandera de la casa,
el agua pobre que jamás descansa,
el agua que anda a pie por los sembrados;
el agua perspicaz que el coco trepa,
el agua que pensó con la cabeza,
el agua sabia que colmó el milagro;
no el agua tonta que confió en la arena,
no el agua boba que se dio a la pena,
no el agua insulsa que se ha vuelto santa,
no el agua que se enjuaga los pecados,
no el agua dolorida de la lágrima,
no el agua boquiabierta de la gárgara,
no la gota voraz como un océano,
no el agua mansa resignada a poco,
no el agua muerta de los ahogados
ni el agüasangre de mi pueblo roto.

Antonio Preciado

El oro y la sangre

Un dorado altar barroco americano. Stampida de palomas bajo la bóveda del templo atravesado por un rayo de luz cegadora. En el nicho central, un tigre y un oso libran un combate feroz, sin fin y sin comienzo, a muerte, sin que mueran. Se dan horribles dentelladas y se desgarran a zarpazos. La sangre chorre sobre el oro del retablo y las bestias no caen nunca; resbalan las pezuñas y las garras sobre las piedras sagradas, pero no caen nunca. Persigue la memoria grabar en fuego cada una de las irrecordables alternativas de ese mortífero combate, recordar cada cambio de postura de las bestias: cómo se yerguen en dos patas, trastabillan, se arremeten aun a coletazos, cómo se odian con furia inocente, pero las peripecias de ese lance escapan al ojo ávido. Sólo permanece el fulgor de la abundante sangre de los dos inmortales chorreando sobre el oro barroco del retablo.

Vladimiro Rivas Iturralde

Ciudades y letras:

Deambulaciones del Flâneur

Edmund White. 1940. Cincinnati - Ohio.

(Cuarta de cinco partes)

Uno de mis dos museos favoritos está cerrado al público, el Hôtel de Lauzun en el austero y bello quai d'Anjou de la Île St. Louis, que tiene menos de museo que de casa de campo del siglo diecisiete, bellamente restaurada, que el gobierno metropolitano de París utiliza para ofrecer suntuosas recepciones a gente notable, en las cuales los invitados son atendidos por lacayos con peluca. En primavera y verano se permite que ciertos recorridos turísticos de interés arquitectónico de la isla pasen por algunas partes de la casa.

El Hotel de Lauzun fue construido originalmente en 1640 por Charles Grűyn, hijo de un rico tabernero. El interior de la casa está cuidadosamente decorado cuarto tras cuarto combinado lujo, grandeza e intimidad en proporciones inusuales. Los diversos artistas que la decoraron parecieron tenerle horror al vacío—cada centímetro cuadrado está cubierto con aguilas talladas y doradas, conchas, gavillas, aljabas pintadas rebosantes de flechas, cupidos tridimensionales, un techo con un fresco alegórico que muestra la primavera con guirnalda de rosas rosadas que bosquejan máscaras a las que les brolan cornos de los ojos, iniciales unidas (G y M que se refieren a Grűyn y a su esposa Geneviève de Mouy), y carátides que flanquean a una Primavera con los pechos descubiertos y a quien cuida un putto con alas de mariposa en un estilo que podríamos denominar "Miguel Ángel lite." En otro cuarto el techo está dedicado al tema de *La toilette de Vénus*, y en efecto la diosa aparece en un ritual de belleza rodeada de escenas sobre los amores entre las deidades.

Los cuartos no son grandes, pero uno de los lados permite contemplar el Sena a través de altos ventanales. Espejos colocados aquí y allá capturan estratégicamente la pálida y fría luz del norte, sacudiéndola hacia delante y hacia atrás.

La historia de la casa comprende una serie de fascinantes desastres. Grűyn, su primer dueño, disfrutó de ella sólo unos años, antes de ser apresado por malversación de fondos públicos (era el encargado de manejar los recursos destinados a comprar las provisiones para la caballería ligera; fue sorprendido con las manos en la masa, o más bien, en la caja). El siguiente dueño fue el conde de Lauzun, quien dio su nombre actual a la casa. Había pasado diez años en prisión por atreverse a cortejar a una prima de Luis XIV, La Grande Mademoiselle; finalmente le permitieron casarse con esa mujer real y realmente conflictiva. Se mudaron a la casa de la Île St. Louis—y ahí peleaban tan amargamente que se separaron después de tres años. (Lauzun se glorificaba mangoneando a su esposa y quizás también le gritaba con más veneno que facilidad de expresión, "¡Tú, nieta de Enrique IV, quítame las botas!")

Sus siguientes dueños fueron la sobrina nieta del cardenal Mazarino y el sobrino nieto del cardenal Richelieu. El muchacho se había enamorado tanto de la joven Mazarino que la había sacado en secreto de un convento. Contrajeron enormes deudas al ofrecer fiestas pomposas en el Hotel de Lauzun, dando por hecho que heredarían el título y los bienes de hermano mayor del cardenal Richelieu. Pero éste, repentinamente y contra cualquier expectativa, procreó un heredero, dejando arruinada a la joven y extravagante pareja. El esposo se hundió en el libertinaje y su mujer corrió a encontrarse con su madre en Londres, donde sorprendió a todo el mundo con su vida disipada—y con su belleza, a pesar de que su padre le había extraído de niña los incisivos a fin de ahuyentarle a cualquier prospecto.

Los siguientes dueños fueron notablemente menos pintorescos y conocieron destinos menos trágicos; uno de ellos tuvo el mérito de resguardar la casa de la rapiña durante la revolución. En 1842 el hotel volvió a hacer historia cuando fue comprado por el barón Jérôme Pichon, quien lo restauró y rentó algunos cuartos con vista al río al joven poeta Charles Baudelaire. Su pequeño departamento estaba en el segundo piso (*troisième étage*). Había recibido una pequeña herencia tras la muerte de su padre, pero contrajo deudas considerables al amueblar su cuarto con antigüedades de Aronde—un comerciante de pocos escrúpulos que se aprovechaba de la impulsividad e inocencia de los jóvenes poetas.

Haber vivido en París te incapacita para vivir en cualquier lugar, incluyendo a París. (John Ashbery)



Charles Baudelaire

Quizá Baudelaire fue el primer artista de *performance* de la historia. Por lo menos fue uno de los primeros en vivir según sus valores estéticos, en decorar su casa, su ropa, y hasta sus propios movimientos, de acuerdo con su poesía. Tal como recuerda el fotógrafo Nadar, "Monsieur" Baudelaire usaba guantes rosados y al caminar se movía con pequeñas sacudidas, como una marioneta de madera. Parecía elegir el lugar donde daría el siguiente paso, como si caminara entre huevos." Fue el gran apóstol del dandismo, y no le importó gastar una buena parte de su fortuna en curiosos muebles medievales, vino del Rhin, copas color esmeralda, holgadas túnicas y comida cara, de modo que cuando murió en 1867 aún debía dinero a sus acreedores por las extravagancias de sus años juveniles. En cartas de aquellos tiempos dirigidas a sus amigos, Baudelaire frecuentemente hace referencia a la compra de un grabado japonés, un escritorio, un dibujo o montones de baratijas, mucho antes de que tales objetos estuviesen a la moda. Como escribió, su ideal era "el hombre rico, ocioso, incluso hedonista, que no tiene otra ocupación que recorrer el camino hacia la felicidad; el hombre criado en el lujo..."

Aunque Baudelaire después sufrió—en la disputa con su padrastro, el General Aupick, por el control de su fortuna, en sus decepciones amorosas con las mujeres, en las batallas con los censores sobre su colección de poemas, *Les Fleurs du Mal*, y en su lucha contra la sífilis—durante sus años en el Hôtel de Lauzun (conocido en aquellos días como Hôtel Pimodan, en honor a un propietario más reciente) el poeta fue enteramente feliz. Su amante, una actriz mulata llamada Jeanne Duval, vivía sólo a unas calles de ahí. Baudelaire se refiere a Jeanne en su poesía como a una extraña delidad, oscura como la noche ("bizarre déité brune comme le mulâtre"). Sus habitaciones estaban en la rue de la Femme-sans-Tête ("La mujer sin cabeza", hoy rue le Regrattier); la calle se bautizó así a causa de un letrero que había frente a una posada que mostraba a una mujer sin cabeza con el letrero "Todo está bien", refiriéndose a que todo está bien cuando uno trata con una mujer sin cabeza. Según algunos expertos, en aquellos años, 1843 y 1844, Baudelaire escribe sus poemas más importantes, la mayoría de los cuales aparecerían finalmente en *Les Fleurs du Mal*.

En septiembre de 1844 la fiesta había terminado. La madre del poeta, escandalizada porque su hijo había gastado 44,500 francos de oro en dos años, puso el resto de la fortuna en manos de un curador que se la dosificaría en minúsculas sumas mensuales. Nueve meses más tarde el humillado poeta intentó suicidarse con un puñal (escribió que el suicidio es el "único sacramento en la religión

del dandismo"), pero fracasó y fue atendido en su convalecencia por Jeanne Duval. Después volvió a casa de su madre y vivió con ella sus años de gloria en la Île St. Louis habían concluido.

El poeta Théodore de Banville, unos cuarenta años después, recuerda con cariño una visita a Baudelaire en el Hôtel de Lauzun. Cuando Baudelaire comenzó a vivir en la Île St. Louis, acababa de regresar de un viaje por las islas Mauricio y Reunión en el Océano Índico. Había traído recetas exóticas recopiladas durante sus viajes y las compartió con Banville, su mejor amigo en aquella época. Hablaba con cariño de su estadía en la montaña de Reunión, donde había vivido con una nativa que le preparaba condimentados ragouts en una caldera gigante de metal pulido mientras pequeños niños negros danzaban alrededor, aullando. Su departamento en París estaba decorado con un tapiz brillante cubierto con ramas rojas y negras, y en el ventanal había colgaduras de damasco antiguo y pesado. Baudelaire había raspado los cristales bajos, de modo que sólo se podía ver el cielo y la costosa vista del río quedaba cubierta. De las paredes colgaba la colección de litografías sobre Hamlet de Delacroix, sin marco pero protegidas tras cristal, además de la pintura sobre Las mujeres de Argel del mismo autor. Los muebles—sillones cubiertos con fundas grises, divanes y una mesa oval de nogal—eran inmensos, diseñados para una raza de titanes.

Cuando Banville hizo notar con vehemencia que no había libros a la vista, Baudelaire le mostró treinta volúmenes bellamente encuadrados que se amontonaban uno sobre otro dentro de un armario—viejos libros ornamentales de poesía en francés antiguo y en latín. Cosas como ésa estaban escondidas y no había diccionarios ni tinteros, poemas, sacapuntas o teletas, no había libros ni papel a la vista—nada evidenciaba la sórdida faena que significa ser escritor.

Alguna vez estuve en el Hôtel Lauzun en el que el Club de Hachichins sostenía sus reuniones. Allí un grupo de artistas—includingo a los escritores Thipnie, Balzac, Gautier y Baudelaire; a los pintores Edouard Manet, Honoré Daumier y Constantin Guys—se juntaba en compañía de unas cuantas mujeres con el objetivo de disfrutar de largas noches de música... comiendo hashish (pues parecían comerlo en forma de una gelatina verdosa). El anfitrión Fernand Boissard, un pintor menor, era independiente, acomodado y vivía en el principesco piso principal, donde tenía un clavi-cordio cubierto por presuntas pinturas de Watteau así como otros muebles elegantes que armonizaban con las paredes y portones pintados, tallados y chapados en oro. Mientras se encontraba intoxicado, Boissard acaso tocaría el violín o contrataría músicos para que interpretaran algún trio de Beethoven o Mozart.

Paul Gully, uno de los visitantes, recordaba que Boissard

...era un hombre refinado y todo un sibarita, opuesto a los molestos e indeseables invitados. Si su mayor placer era entretener, sabía cómo elegir a sus invitados; no se permitía el acceso sin invitación, pero una vez admitido en su círculo podías decir lo que quisieras. Se hacía rodear de artistas que compartían sus gustos, así como de hermosas chicas que no conocieran el aburrimiento ni de modo alguno se olvidaran de asuntos espirituales o artísticos. Le encantaba sobre todo las cenas entre amigos verdaderos y falsos, las noches íntimas en las que uno desenredaba el significado de una paradoja en medio de una pieza en el clavecín y las estrofas de un poema.

Continuará.



Milagros de la pintura boliviana

GASTÓN UGALDE



Sus grabados, de rigurosa concepción, se perennizan en litografías y calografías (sistema de grabado en madera), que fundan un criterio exploratorio de técnicas, orientado a la ulterior aplicación de su pintura. Estos grabados, poseen un cargado acento expresionista que insufla a sus imágenes humanas, perceptible fuerza psíquica, que caracteriza la tendencia.

Su pintura de caballete, donde usa indistintamente el óleo y el acrílico, se desarrolla en dos direcciones predominantes: realismo y surrealismo.

Cada uno de los objetos que asocia la composición, se destaca por su apariencia precisa, que unida a la adecuada administración del color, muestra el logrado esfuerzo de la búsqueda de cualidades.

Los elementos de su tendencia surrealista están moderadamente expresados, al punto que la combinación de sus imágenes no resulta suficientemente paradójica. En realidad, sutil asociación intencionada de objetos que insinúan sugerencias oníricas. Aquí aparecen reiterados los rasgos de su nativismo telúrico y etnográfico: la montaña y la altipampa con su inmensa grandiosidad, expresadas con luminosa limpieza y la mujer del pueblo solitaria, asociada a otros objetos, dentro de características de la escuela.

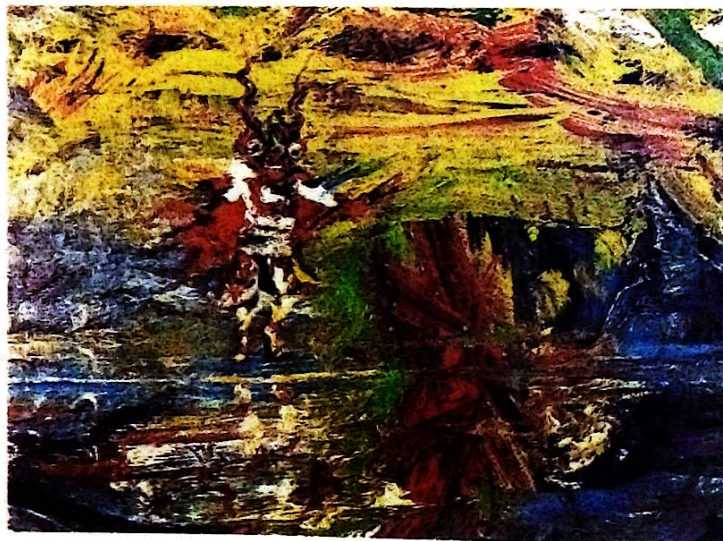
Su dinámica actitud exploratoria, le induce, igualmente, a un figurativismo de aliento fundamentalmente nativista en el tema, y de implicaciones cubistas en el desarrollo. Formas sin detalle en el contenido, orientadas dentro de un geometrismo sin pretensiones de exaltar los rasgos del rostro ni las intimidades de su expresión.

Gastón Ugalde, se ubica inobjetablemente entre los pintores destacados, no sólo por la destreza y técnica de su pincel, sino por la sinceridad de su actitud creadora.

Armando Soriano Badani



Dos lados juntos
Técnica mixta 110 x 77



Reflejo endiabrado